

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 30 DE JULIO DE 1922

NÚM. 19.810

POR QUÉ SE MATÓ ARMENGOL

NOVELA CORTA ORIGINAL DE EMILIO GUTIÉRREZ-GAMERO

El inexplicable suceso hirió profundamente la curiosidad pública, llegando hasta suspender—por algunas horas—la agitada vida de los veraneantes, que buscan en San Sebastián una continuación a los placeres de la existencia cortesana y trataban en vano de dar con la causa del hecho, por completo absurdo e inverosímil.

Pepe Mayorga, el venturoso, el millonario, el *arbitrator elegantiarum*, el feliz marido de la sin par marquesita Laura, se había suicidado.

¿No era justificada la ansiedad de cuantos de cerca le conocían o de lejos le envidiaban, al no dar con la explicación de tamaño disparate?

¿Qué pudo moverle al suicidio, decíanse todos, cuando sólo felicidad y dicha le rodeaban? Por su matrimonio con la marquesa de Mayorga, una de las bellezas de la corte, poseedora de una pingüe fortuna, había conseguido entrar en la alta sociedad madrileña, codeándose con lo más cuellierguido de la nobleza, que le admitió en su seno sin reservas mentales, gracias a la esmerada educación, fino trato y gallarda estampa del nuevo prócer, con lo que el marquésado *in partibus*, el hotel en la Castellana, los automóviles lujosos y el palacio en la Concha deasonense, no eran para él prendas adquiridas en un bazar de ropas hechas, sino que le venían como anillo al dedo, moviéndose en la encumbrada esfera adonde la suerte le llevara, lo mismo que si en ella hubiese venido a este mundo.

¿Desavenencias conyugales? Ninguna, al parecer. Laura Mayorga, un ángel del séptimo cielo: buena, amable, inteligente, de carácter dulce y apacible trato, se casó con él enamoradísima, y, para lograr su propósito de unirse al feliz mortal, hubo de vencer la repugnancia que su tutor sentía por el pretendiente, en su firme creencia de que la muchacha era mercedora de otro partido, y que un don Nadie, sin otros bienes materiales que su buena figura y la mafia que se dió para engatusarla, era poca proporción para la

marquesita, tras de la que andaba, bebiendo los vientos, lo más florido de la juventud madrileña.

Tampoco había que pensar en que la causa de la tragedia debírase a alguna de esas enfermedades que minan la existencia y tienen desenlace fatal casi a plazo fijo. Pepe gozó siempre de una salud de hierro, que le permitía resistir las fatigas de los deportes (*polo, golf, tennis*) en que era maestro consumado y prime-

pús de haber estado en el Casino con su mujer y varias personas de su intimidad. Escribió algunas cartas en su despacho, hizo su *toilette* nocturna, despidió a su ayuda de cámara, y al cabo de algún tiempo se oyó un disparo; penetraron los criados en su habitación, y vieron que se había levantado la tapá de los sesos.

Ante la imposibilidad de descifrar el enigma, hubieron de resignarse todos;

era entonces una de las secuelas de la vida militar, no constituía el medio más adecuado para criar un niño, tarea siempre difícil y delicada en que hay necesidad de un orden, de un método y de un régimen inteligentes, por completo incompatibles con la continua mudanza de lugares, climas y alimentos.

Mas como Armengol no tenía familia a quien endosar el rorro, y no era cosa de echarlo a la Inclusa, hubo de *apenar*—

esa fué su expresión—con el embeleco; buscóle ama, a quien hizo entrega de la criatura, y juzgando que con ello había hecho ya cuanto de su parte estaba, no se volvió a ocupar de su hijo. Que sin duda porque su madre desde el cielo le protegía, dió en la flor de adherirse a la vida como el muérdago a la encina, que dijo el poeta, triunfando de todas las asechanzas que las enfermedades atraviesan en el camino de los infantes, hasta salir victorioso de la ruda lucha que supone la niñez.

Armengol, que no aparecía por su casa sino a la hora de dormir, puede decirse que apenas vió a Pepito durante sus primeros años, que transcurrieron para éste en brazos del ama o del asistente, sin otro cariño que el que buenamente querían mostrarle una y otro.

Por fortuna para el pequeño, aquella buena mujer se encariñó con él hasta tal punto que — concluida la

crianza—propuso a Armengol que le confiara el niño, al que se llevaría a su casa, cuidándole como propio y velando por él con igual esmero que por los tres rapaces hijos suyos, pues era un dolor dejarle expuesto a los mil peligros que son natural consecuencia de la falta del cariño femenino.

El comandante vió el cielo abierto con el ofrecimiento; convino con el ama el estipendio mensual, que ofreció suministrarle puntualmente, y con ella se fué Pepito a vivir en pleno campo, pues el marido de la nodriza era montaraz en una dehesa salamanquina.

Los hijos del ama—dos varones y una



ra ngura. Su carácter, alegre y jovial, no le llevaba por el camino del *spleen*, que a muchos empujó a buscar una muerte prematura; ¿qué pudo, por tanto, obligarle a poner fin a una vida en que todo era dicha, ventura y bienandanzas?

¿Misterio! Ni propios ni extraños podían aclararlo, pues al partir de este mundo no dejó Pepe—como es de rigor en todo suicida que se estima—la consabida carta al juez de guardia refiriéndole las causas de la definitiva e irreparable determinación.

Según pudo saberse por las referencias de la marquesa y de la servidumbre, Pepe se retiró a la hora habitual, des-

enterraron al difunto, cubrióse de luto la viuda, reanudándose el bullicio y el ajeteo veraniegos, como es natural y lógico.

La niñez de Pepe Armengol fué, como su juventud, bastante accidentada. Muerta su madre a poco de echarle al mundo, quedó el niño a cargo de su padre, lo que equivalía a estar doblemente huérfano, pues el comandante Armengol era la persona menos apta de la tierra para cuidar de otro que no fuera él mismo—único ser que le inspiraba interés profundo y ciego cariño—y, además, porque el perpetuo cambio de residencia, que

hembra—, mayores que el niño, dedicáronse a mimarle y protegerle, y poco a poco, conforme fué creciendo, hizo el amo de aquella casa, donde ejercía mero y mixto imperio por sus zalamerías, sus ocurrencias y su genio siempre alegre.

Para que el relato sea verídico, conviene mencionar aquí que, más que compañeros, fueron esclavos del muñeco los chicos del montaraz, los cuales habían de amoldarse siempre a sus juegos y ceder ante sus múltiples caprichos, pues—caso contrario—armaba verdaderas tremolinas de llanto y pataleta, que concluían siempre en que el ama obligase a sus hijos a que se doblegaran a la voluntad del niño, por temor a que cayese enfermo y creyera el padre que no le cuidaron con suficiente interés.

Así fué creciendo, y cumplidos los ocho años, buscó el ya teniente coronel Armengol un colegio donde el heredero de su esclarecido nombre pudiese recibir la instrucción a que tenía derecho. Allí, a trancas y barrancas, fué aprobando varias asignaturas y preparóse para el ingreso en la Academia de Caballería, en la que logró un puesto, más que por méritos de su saber, por las buenas amistades del ya teniente coronel. Y puede afirmarse, sin que en ello exista el más leve asomo de exageración, que jamás ha albergado Valladolid en su recinto un cadete más garboso, más decidido, de mejor apostura ni de mayor simpatía personal, condiciones todas heredadas de Armengol padre, una de las mejores figuras que ha habido en la Caballería española.

Durante el tiempo que Pepe Armengol pasó en la Academia, no pudo sobresalir entre los compañeros de promoción, pues más le tiraban las diversiones que los libros. Y si nunca fué el primero en lo científico, era, en cambio, primerísimo allí donde hubiera muchachas guapas, jarana y holgorio, ya que para descubrir una cara bonita o un cuerpo bien formado tenía tan aguzado instinto como el que permite a los perros de caza ventear las perdices y las liebres, por muy ocultas que estén. Valga decir que sus personales prendas eran muy del agrado de las hembras de toda condición y laya, y que, tanto en amores por lo fino con señoritas de las mejores familias de la población, como en menos honestos pasatiempos, obtuvo triunfos muy propios para halagar la vanidad del más descontentadizo.

Algo cohibía a nuestro héroe en sus ímpetus amorosos y en su gana de broma y devaneos la perenne flaqueza de su bolsa, pues el teniente coronel—muy duro en cuanto a aflojar la mosca—tenía siempre a caldo y quina y le pasaba una cantidad ínfima para gastos extraordinarios, juzgando que quien quita la ocasión de correrla, quita el peligro de futuras calabazas y pérdida de curso consecutivo, amén de estimar en su fuero interno que a los pocos años gentil presencia, facundia y labia, no hay que añadir el espejuelo del vil metal para sumar éxitos entre la femenina grey, y que esas áureas razones deben quedar para los que ya no puedan ofrecer otra cosa en cambio de los favores que se reciben.

Pero dicho está que el muchacho trataba contra la parsimonia paterna, viéndose y deseándose para alternar con sus compañeros sin hacer mal papel ni pasar por gorrón empedernido.

Claro es que se guardaba de demostrar descontento a su progenitor, pues le tenía un miedo cervical (nunca vió en sus ojos mirada afectuosa ni sus labios le dijeron frase de cariño), e instintivamente cuadrábase ante él cuando tenía que hablarle, viendo en Armengol más al superior jerárquico que al padre que le diera el sér.

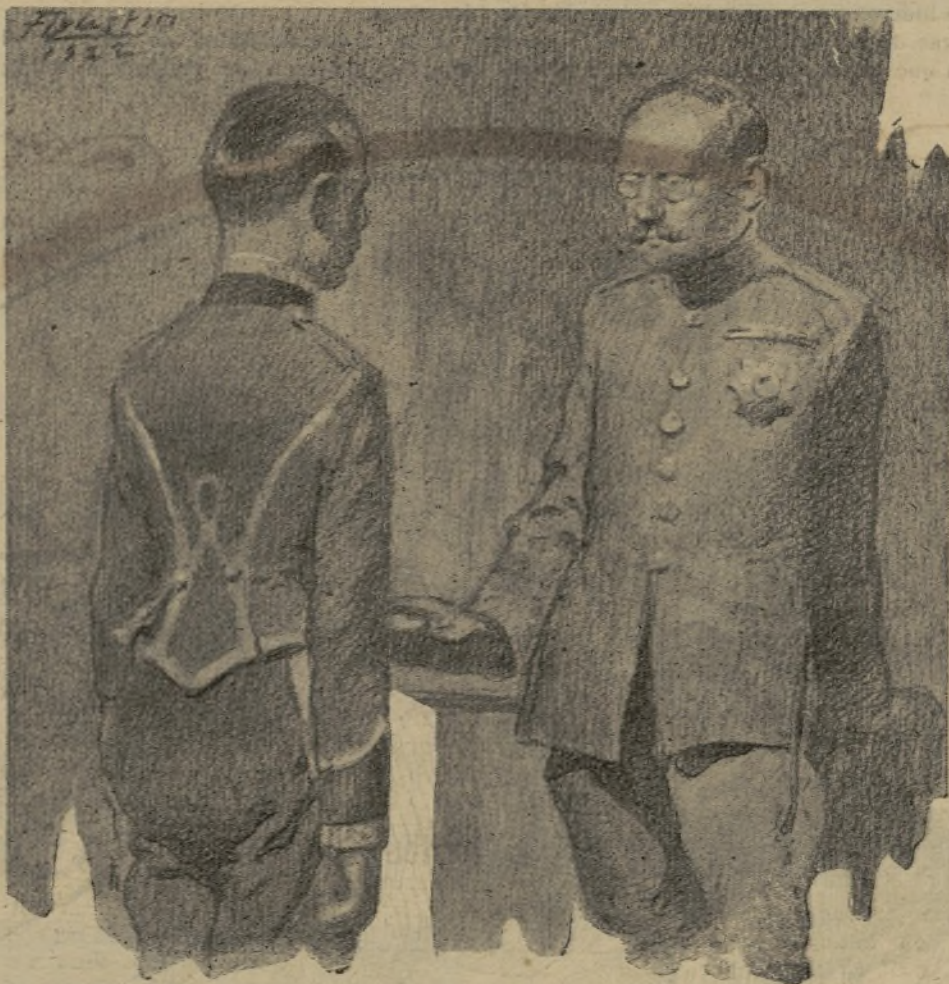
Poco antes de salir de la Academia ascendió Armengol a coronel, y sus relaciones valiéronle para conseguir que el muchacho fuera destinado a uno de los regimientos de guarnición en Madrid.

Cuando, ya posesionado de su cargo, iba Pepe a dar los primeros pasos en la vida de la corte, llamóle a capítulo su padre y le espetó la siguiente homilía:

—Mira, Pepe, ya eres un hombre, y como a tal te voy a hablar. He procurado por ti desde que tu pobre madre te echó al mundo, y bien sabe Dios cuánto he tenido que violentar mi natural, hasta ponerte en condiciones de que te bastes a ti mismo. Esto, aparte de los sacrificios pecuniarios que por tu causa he tenido que hacer, pues nunca disfruté de rentas, ni he dispuesto de otra suma que de mi sueldo. Ya estás colocado: te pagué el equipo—último esfuerzo que hago por ti—, y de ahora en adelante tienes que vivir con lo que ganes, como ha hecho

santiamente metamorfosean a un pelgar en millonario, hizo asiduo concurrente del tapete verde, donde eran más las veces que ganaba que las que perdía, lo que le permitió instalarse con cierto lujo, hacerse socio de la Peña, cuidar escrupulosamente su indumento, tanto civil como militar—extremo al que concedía toda la grandísima importancia que merece—, dándole gusto al cuerpo e cuanto éste le pedía, por aquello de *gaudeamus, igitur, juvenes dum sumus*, que dijo el macarrónico.

Así que, una vez cumplidas sus obligaciones marciales, veíase a Pepe Armengol en todos los sitios donde se reúne la gente de pro, cuya ocupación es la de lucir y divertirse, con lo que llegó a ser figura indispensable, pues de la propia manera que no hay procesión sin farasca, no podía celebrarse fiesta bulliciosa—de cualquier género que fuese—sin la presencia del joven, siempre alegre,



yo. Por mí viniste al mundo, y por mí estás ya en condiciones de volar solo. En lo sucesivo, tú te arreglarás y tu vida será cual tú te la hagas. Ahora bien, con tus aficiones al lujo y a las diversiones; sin fortuna, porque no la tienes, no te queda más que un camino para llegar. Aprovecha la buena pinta que Dios te ha concedido como cebo para pescar una rica heredera; cuanto más rica, mejor. Y conste que no te pido alboroque por el consejo, tanto por ciento sobre la fortuna de mi futura nuera, ni renta vitalicia para concluir mis días con tranquilidad y holgura.

Como el consejo paterno no era tan fácil de seguir, aunque Pepe pusiera en ello toda su buena voluntad, porque no andan por el mundo muchas mujeres que se avengan a ser las legítimas esposas de un segundo teniente de veinte años de edad, por muy barbilindo que el tal fuese, ni tampoco familia que aceptara tan disparatado casorio, hubo el muchacho de recurrir a toda suerte de artificios para salir adelante, teniendo en cuenta lo escaso de la paga, lo caro de la vida y las desapoderadas ganas que Pepe tenía de pasarla lo más alegremente posible.

Y ya que la timba nacional no le proveyó de un premio de esos que en un

decidor, elegante, correctísimo en su trato, pronto a vaciar su bolsillo en las manos del primer *sablísta* que le acometiera y dispuesto a afrontar cualquier lance.

Pero por la misma facilidad con que se hacía con dinero, no pensó nunca en guardarlo para los tiempos de infortunio, creyendo— incauto—que la buena suerte iba a serle constante y fiel.

Sin saber por qué, torcióse un día el carro, y Pepe comenzó a perder con tanta presteza como antes ganara, lo que le puso en gran aprieto, pues tuvo que pagar, en plazo improrrogable, una suma de cierta importancia... Con mil trabajos y apuros logró reunir la cantidad acudiendo a amigos, pignorando alhajas, vendiendo las cosas de valor que poseía, y vino para él la época de las vacas flacas.

Con sus arrestos de grandeza, ¿qué iba a hacer, habida cuenta del misérrimo sueldo que el Estado da a los tenientes de ejército (ya lucía las dos estrellas) en premio de sus importantes servicios?

Viniéronsele entonces a las mientes los sanos consejos de su padre; pero, por mucho que revolvió el magín, no dió con la rica heredera que, muertecita por su pedazos, había de traerle en su blanca

mano la fortuna necesaria para vivir a lo grande, sin otro esfuerzo que el de la coyunda.

Amigas casamenteras, de esas que se pirran por emparejar a los que andan en busca de formar nido, no las tenía, y en vista de ello, decidióse a acudir a un especialista en bodas, que profusamente anunciaba en la Prensa su original industria (todas se casan!, afirmaba muy serio en letras de molde), y pretextando que se trataba de cumplir el encargo recibido de un amigo provinciano, se personó en la Agencia matrimonial, bastante bien amueblada, con numerosos empleados y, en sitios bien visibles, varios armarios clasificadores, donde seguramente se encerraban los nombres e historias de las *aspirantas* a encontrar varón que las redimiese de la horrenda y aborrecible soltería, a trueque de labrar la perpetua felicidad del preopinante.

Pero el caso fué que a la segunda sesión convenciónse Armengol de que allí se trataba, primera y principalmente, de extraer dinero del bolsillo de los incautos a pretexto de fianza que constituir para que la Agencia se ocupase del negocio, y de propina que satisfacer a los informadores, al objeto de excitar su celo para que comprobasen los datos existentes y conocer así con todo género de detalles la biografía del ánima que precisaba sacar del purgatorio del celibato; mas como buscar pesetas en la exhausta bolsa del teniente era empresa tan absurda como la de encontrar huesos en cama de galgos, pronto se percataron de ello los de la Agencia y le desengañaron sin más ni más.

Apeló entonces Pepe al recurso de concurrir todas las tardes a la Castellana y al Retiro, jinete en su cabalgadura y luciendo el talle, para ver si de él se prendaba alguna dama de las de automóvil de 60 HP.

Ningún resultado obtuvo de esa exhibición, y cuando ya comenzaba a desesperar del efecto que su garboso físico producía en los corazones femeniles, ocurrióle la aventura que a continuación se detalla.

Frontero a la modesta casa de huéspedes donde Pepe Armengol tuvo que refugiarse en su pobreza, alzábase el soberbio palacio de la viuda de Mendioroz, tan conocida en Madrid por sus caridades y su generosidad, pues no había miseria que no amparase ni quebranto que no acudiese a remediar. Y como día tras día, invierno y verano, estacionaba—a horas fijas e inmutables—ante la puerta de Armengol el ordenanza, conductor del caballo sobre cuyos lomos el teniente se trasladaba al cuartel, hubo la viuda de fijar su atención en el manco, no pareciéndole saco de granzas su airoso porte y simpática fisonomía, valorados por el relieve que a la figura varonil da el uniforme bélico.

Sin que de ello se percatase Pepe, mirábale doña Clara, disimulada tras los encajes de sus visillos, montar o apearse del caballo con juvenil soltura, y dióse maña para inquirir—sin aparentar interés—la vida y milagros del teniente.

La tal doña Clara, rayana en la cincuentena, distaba mucho de ser una belleza y de haberlo sido nunca. De facciones pronunciadas y poco correctas, un sí es no es bigotuda, peinando algunas canas, conservaba tan sólo la esbeltez y buen porte que constituyeron su único encanto allá en la lejana juventud. Vestía con gusto trajes de colores sombríos, propios de su edad madura, y gozaba fama de virtuosa, no habiendo dado pábulo a la murmuración en los seis o siete años que duraba su viudez.

¿Que cómo se le escandecieron los impulsos pasionales ante la contemplación

de Pepito Armengol? Indudablemente los susodichos impulsos estaban sólo adormecidos por el desuso, pero no atrofiados del todo, y es de suponer que la comparación que *in mente* hizo la dama de las dotes físicas de su difunto (viejo, obeso, calvo, asmático) y las que el tenientillo mostraba a la simple vista, contribuyó no poco al resurgimiento de sus amorosas ansias.

Y como es cosa olvidada de puro sabida que—al revés de lo que los hombres creen en su imbecil vanidad—las mujeres ejercen de conquistadoras y ellos resultan los conquistados, doña Clarita no paró hasta ver rendido a sus plantas al jovenzuelo, un tanto absorto de su buena fortuna, en el estricto sentido de la palabra, ya que la viuda era millonaria, y por ende él estaba en potencia propinqua de serlo, a poco que se prestase a los concupiscentes antojos de la dama.

Estas relaciones, a cencerros tapados llevadas—que no era la viuda mujer de esas a quienes la pasión quita conocimiento y amontona el juicio hasta el punto de dar tres cuartos al pregonero y perder su fama de honesta y virtuosa—, fueron, sin embargo, una mina para Pepe Armengol, que hubo de aceptar las dádivas de su amiga, la cual no podía consentir que pasara privaciones ni sufriese estrecheces, y desde el principio hizo cuestión cerrada que disfrutara, al par de ella, de la holgura y bienestar que las cuantiosas rentas del difunto Mendioroz permitían, volviendo así a figurar en primera línea entre la juventud que triunfa y bulle, con gran satisfacción de la dama, que gozaba lo indecible al pensar que aquel buen mozo, tan pulcro, correcto y elegante, allí, en el palco del Real, entre lo mejor de Madrid, pertenecía en plena propiedad y dominio, y le daba mil pruebas de su desbordado querer.

Todo fué viento en popa. Doña Clara, cada vez más enamorada, rendida y generosa; Pepe, dejándose querer y procurando con cuidadoso esmero que la pobre señora no se percatase de sus frecuentes infidelidades, hasta que se encendió la guerra en Marruecos y, a las primeras de cambio, allá tuvo que marchar el doncel con su regimiento, trocando la muelle vida madrileña por la aspérrima de la campaña.

No hay para qué describir las amarguras que pasó la de Mendioroz al ver que el elegido de su corazón rechazó su plan de que abandonara la carrera militar y pidiese el retiro, anteponiendo así al amor el cumplimiento de sus deberes y el cuidado de su buen nombre, y, más tarde, al seguir paso a paso en la Prensa las peripecias guerreras, los truculentos relatos de los corresponsales bélicos, las listas de muertos y heridos, y, por fin, al enterarse de que en un sangriento combate en el que heroicamente intervino Pepe cargando sobre el enemigo al frente de su diezmado escuadrón, huérfano de los demás oficiales, recibió tres balazos que dieron con él en tierra y por poco le llevan al otro mundo.

La pobre señora recibió la noticia de sopetón, y como los periódicos recargaron las tintas, presentando el caso como desesperado, creyó a cierra ojos que Pepe no sobreviviría a sus heridas, con lo que su pena fué inmensa, pues no se acostumbraba a la idea de que tanta juventud, tanto vigor y tan excepcionales prendas, desaparecieran en un santiamén por culpa de la maldita guerra, que a nadie interesaba y que todos aborrecían, llevándose de este mundo al que era objeto de su amor, y sin el cual la vida no tenía objeto para ella.

Como, por otra parte, no era posible

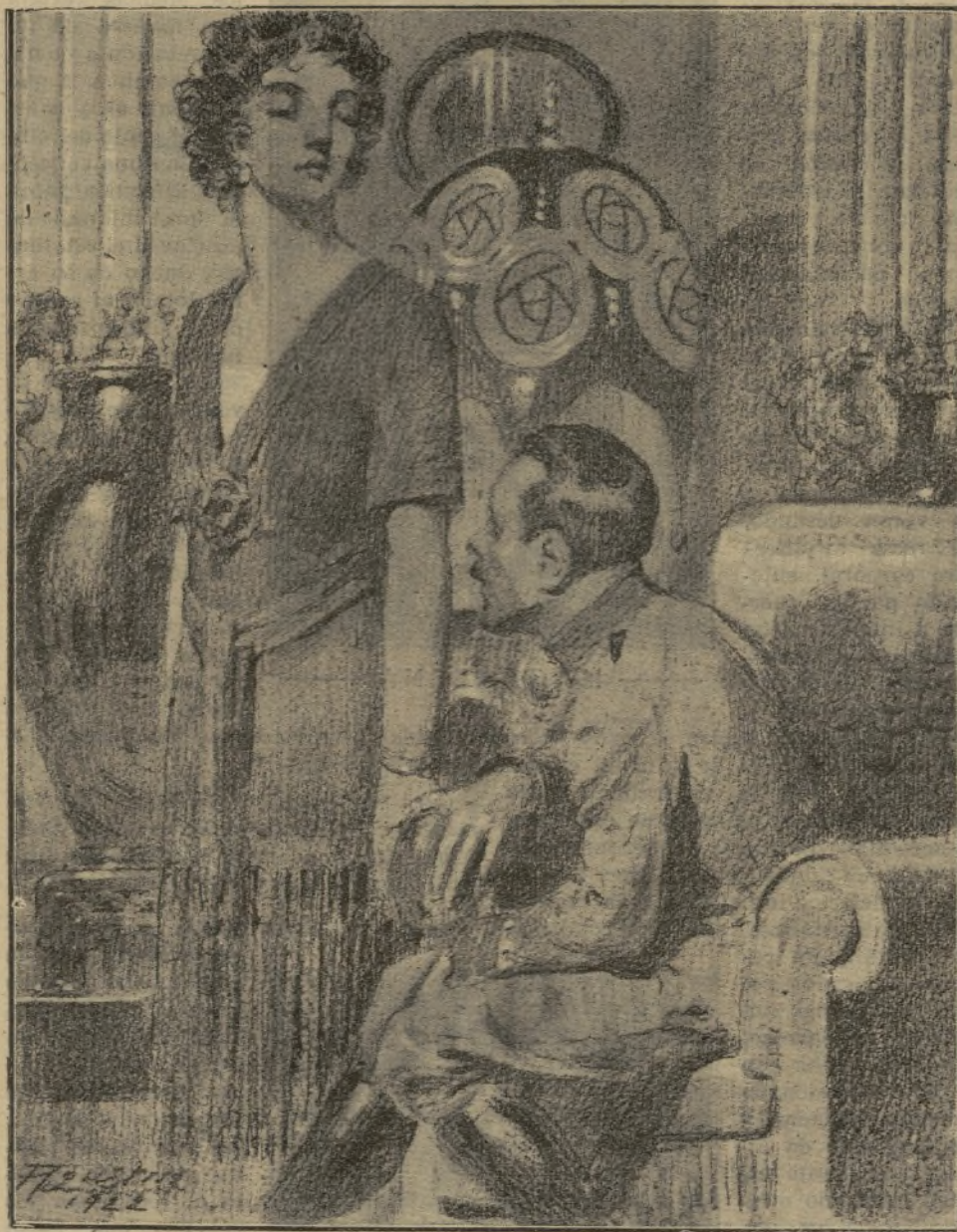
que demostrase su dolor ni que hiciera gestiones para enterarse del verdadero estado del malherido, sino que, por el contrario, debía tragarse sus lágrimas y su amargura, cayó repentinamente enferma, y una angina de pecho la llevó a mejor o peor vida, sin tiempo ni aun para testar en favor de su amado.

En riesgo de morir estuvo el muchacho bastantes meses; mas, por fin, pusiéronle a flote su buena estrella y la robustez propia de la juventud, y regresó a la Península, flaco, amarillento y con muletas, pero ostentando en su pecho la laureada y, sobre la bocamanga, las tres estrellas de capitán. Que a todo se hizo acreedor por su denuedo y bizarría.

Recibiósele como héroe, y los periódicos publicaron su retrato, avalorado con ampulosas descripciones de la acción

llo en los labios y la copa de Marie Brizard en la mano, fué a acomodarse cerca de la ventana, llamando junto a sí a su interlocutor.

—Pues, verás—dijole entre sorbo de cognac y chupetón al habano—. Aunque Pepe no me habló muy claro, por palabras sueltas y lamentaciones que a veces se le escapaban, y porque, además, conocía su carácter, pude reconstituir el proceso de su fatal decisión. Como es sabido de cuantos le tratábamos, Pepe tomó esa boda como un negocio, y aunque le gustaba su novia—cosa muy lógica dado el físico que ésta usufructúa—, no hubo enamoramiento más que de boquilla, y en el matrimonio, nuestro amigo reservó el papel más cómodo: el del que se deja querer. No así su Laura, que puso todas sus potencias afectivas en adorar a su esposo, juzgando perfecto



donde estuvo a pique de perder la vida, con lo que fué, durante algún tiempo, blanco de todas las miradas femeninas.

Por entonces conoció Pepe a Laura Mayorga, en la que hicieron huella profunda el heroísmo y la buena figura del laureado capitán; dióse él cuenta del efecto producido, y puso en su conquista tan enérgica decisión como la empleada en la famosa carga que le diera renombre, ya que en ese combate incruento el gallardón era una mujer preciosa, un título de marqués y una pingüe fortuna.

—Bueno, Tony; tú debes saber qué mosca picó al pobre Pepe, impulsándole a tomar pasaporte para el otro barrio. ¡Cosa más estúpida!...

—Algo sé porque él me lo dijo—contestó el joven—, y adivino lo demás por deducción.

—Cuéntamelo todo; ya sabes que le quise bien—repuso Charito la Ansiosa, que, levantándose de la mesa con el cigarri-

cuanto hacía y rodeándole de atenciones y cuidados con la ternura y delicadeza propias de una mujer profundamente enamorada. Así que, aun cuando por previsora imposición de su tutor se reservó la marquesa la libre disposición de su fortuna, apresuróse—una vez casada— a conceder a Pepe amplísimo poder para que hiciese con todos sus bienes cuanto le viniera en gana.

—Y por la vida que éste llevaba, pienso que debió de usar, y aun abusar, de la autorización—comentó Charito.

—Sin embargo, durante los primeros años Pepe refrenaba sus naturales impulsos juerguísticos y se mostraba asiduo acompañante de su conjunta, que tomó por cariño lo que en nuestro amigo era expresión de gratitud por el culto de que le hacían objeto. Fué habituando poco a poco a que su mujer se plegara a todos sus caprichos, aceptase con gusto cuanto de él viniera, y, seguro del influjo que sobre ella ejercía y de que con unas carocas, hechas a tiempo y sazón, le se-

rían perdonados sus yerros, comenzó a frecuentar, cada vez con mayor asiduidad, *le monde ou l'on s'amuse*.

—Y tanto va el cantaro a la fuente...

—Que al fin se llegó a enterar la marquesa de la vida *non sancta* de su adorado esposo. Bueno, ¿para qué referirte la escena si, con la imaginación volcánica que Dios te ha dado, te la figuras de pe a pa? No hubo forma de negar lo inconcuso—las pruebas documentales, cartas, retratos, facturas pagadas a proveedores por cuenta de innumerables *sujetas*, etc., etc., abundaban a no poder más; Pepe, no sabiendo qué decir, ni por dónde tirar, encastillóse en una actitud de olímpico desdén, que más ofendió a la dama, y la sesión concluyó con el rotundo fallo de ésta de que allí había dado fin la unión matrimonial, indefectiblemente rota por culpa de Pepe y de su inicuo engaño, y de que nunca, jamás, volverían a soldarse los eslabones de la cadena, aunque sin interrumpir la convivencia para no dar pábulo a la murmuración ni gusto a los envidiosos.

—Vamos, sí, lo de siempre; todas las mujeres decimos lo mismo en el primer momento, y luego...

—Eso imaginaba Pepe; pero no conocía el carácter entero de su esposa, quien tomó en serio lo de la ruptura, y, toda miedos y jalea en público, fué—en cambio—incommovible, marmórea y glacial en cuanto se quedaban sin testigos, no dignándose siquiera escuchar las protestas, los juramentos y las promesas de Pepe, deseoso de llegar a una reconciliación.

—¿Y duró mucho esa vidita?—preguntó la joven.

—Algo así como tres años—repuso Tony—. Pepe, que nunca hallara resistencias en los corazones femeninos, tropezó aquí con una muralla que nada lograba romper, y la lucha para dominar el obstáculo inexpugnable prodújole un efecto imprevisto: ¡se enamoró ciegamente de su mujer!

—¡Vaya un asunto para terminar el segundo acto de un drama!

—¡Completamente trágico—dijo Tony—, porque ni aun la explosión de ese amor pudo desarmar el enojo de la marquesa, que, mujer de fuego al principio, fué luego *hielito puro*. Y Pepe entonces, con la certeza de que no había remedio, cogió su revólver, y... ¡pum!

—¡Qué raro!

—No es raro. Se va al suicidio por diversos caminos, hasta llegar al punto final, que es la pérdida de la razón, la locura fulminante. Uno de estos caminos es el amor propio, donde las heridas duelen más. Para Pepe Armengol, hombre bravo como pocos, no existía más personalidad que la suya y todo el mundo era él mismo, creyendo, cual creen los enfermos de egoísmo—que a Pepe venía-le por herencia paterna—que las gentes son reflejo de su voluntad, marionetas que se mueven a su antojo; y cuando tropezó con algo más fuerte que él, y de lo que no podía prescindir, se vió solo, aislado, de la propia manera que si la luz del sol se hubiera apagado para siempre, y... el resto ya lo sabes.

—¡Rues, hijo, tampoco lo entiendo! dijo la muchacha.

—No es raro, porque estas exquisiteces del espíritu no están a tu alcance—repuso Tony.

—¿Que no están a mi alcance? Pues oye esta sentencia, y dime luego si no soy sabia.

—¡Venga de ahí, chiquilla!

—«Vivir es malo, pero morir es peor.»

Y después de este apotegma *gedónico* que pronunció Charito la Ansiosa, ella y Tony se lanzaron a bailar un fox-trot.

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española.

Dibujos de AGUSTÍN.

JUAN CRISTÓBAL

FRESCOS están los laureles con que el triunfo ha coronado a Juan Cristóbal. El joven escultor granadino acaba de obtener una primera medalla por su estatua *la Noche* en la Exposición Nacional de Bellas Artes, al propio tiempo que recibía encargos de importancia.

Nuestro compañero José Francés recuerda en *El Año Artístico* de 1917 que desde la revelación de José María López Mezquita con su cuadro *La cuerda de presos*, no se había presentado otro espectáculo de una «adolescencia tan espléndidamente auroral» como la de Juan Cristóbal. Casi un niño era, hace cinco años, cuando un Jurado, en el cual figuraban jóvenes iconoclastas y exigentes, le concedía segunda medalla por un hermoso desnudo de mujer. Aquel muchachito que ocupaba humilde puesto en el Centro Artístico de Granada y que ape-

de la Serna, celebró en el saloncito del Ateneo de Madrid en 1917, se señalaron algunas influencias que sobre él pesaban; pero advirtiéndose también que Juan Cristóbal ajustaba sus producciones a un concepto personal en cuanto a la técnica y en cuanto a la expresión. La *cabeza de hombre*, el *tipo castellano*, la *sibila*, el *hombre sin ojos* y el *esclavo*, más un *desnudo femenino* con que entonces se dio a conocer, significaban para la crítica avisada la fusión de realismo y estilización decorativa, constituyendo una personalidad estética.

En 1920 concurrió Juan Cristóbal a la Exposición Nacional con un grupo en bronce para el monumento de Ganivet, que representaba a un varón desnudo, de recta arquitectura corporal, sujetando por los cuernos a indócil macho cabrío. El símbolo—la lucha de la voluntad contra el instinto y del cerebro contra el sexo—, concordante con la vida de Ganivet, quedaba perdido para la generalidad de la gente; el escultor, desigual en esa obra, se acreditaba de fuerte temperamento y, a trozos, de exquisito modelador. Con todos los defectos imputables a la realización, manifestábase allí una condición de escultor, un calor antiacadémico, una meridional impulsión al barroco, que contrastaba con la fría procesión de estatuas cuidadas y pulidas, mas de alimbarada insipidez, fruto ordinario e inevitable de los certámenes oficiales.

Ante la fotografía del grupo suelto, y ante otra total del monumento, comprendemos la desventaja del artista enviando a una Exposición el fragmento desarticulado del conjunto arquitectónico, la referencia inconexa, «anatómica», en lugar de ofrecerlo dentro de un plan orgánico y armónico. El episodio, por bello que sea, se desvirtúa si aparece desligado de la trama para la cual hubo de ser concebido. Nadie dudará, pues, que el domador del macho cabrío, en sí, no adquiere la plenitud de sentido sino al amparo del busto tutelar, porque su razón de existencia es la que

dimana de la idea genérica, o sea del pensamiento con que el escultor ha caracterizado a Ganivet.

Juan Cristóbal, ansioso por conquistar la fama, se ha sometido a dificultosa prueba, arrojándose a esculpir en oscuro

pórfido la imagen de *la Noche*. El tema, immortalizado por Miguel Ángel en la florentina capilla de los Médicis, exigía una manera de interpretación ajena en absoluto a la que proclamó en el mármol el genio del cincel. Con una concepción diferente, había la probabilidad de acertar si el estatuario, dueño de su arte, dotaba al asunto de la indispensable novedad.

«*La Noche* que tú ves tan graciosamente dormir, fué esculpida por un Ángel en esta roca; y puesto que ella duerme, vive. Si no lo crees, despiértala y te hablará». Estos *concelti*, dirigidos por Giovanni Strozzi a la figura miguelangellesca, inspiraron al

formidable animador de humanidad los versos siguientes:

*Caro m'è'l sogno et piu l'esser di sasso,
mentre che'l danno et la vergogna dura.
Non veder, non sentir, m'è gran ventura;
però non mi destar, dehl parla basso.*

Tan maravillosa ficción poética, substancial de la plástica, no ha sido letra muerta para Juan Cristóbal. *La Noche*, en una última encarnación, es un desnudo de mujer sedente, en actitud resignada. Oculto el rostro por los cabellos que tocan sus pies y con los brazos tendidos en reverente ofrenda, permanece encorvada, como si el dolor silencioso y la intima desolación la hubiesen inmovilizado. De frente, se nos muestra con sumisión que no sería aventurado llamar «oriental». De perfil, por las ondulantes y rítmicas líneas de sus miembros «corre» una vaga expresión rodiniana. Sobre la tersura corporal, se destaca, lenta y majestuosa,

con suave fluencia de agua, la larga cabellera.

El color sombrío de la piedra realza la impresión tenebrosa de la efígie. Sin entrantes ni salientes pronunciados, es

de esas obras que rodarian conservando la integridad de su masa; está tratada, lo mismo que muchas figuras egipcias, arquitectónicamente; de ahí su encanto.

Juan Cristóbal se ha acreditado al evitar la vulgaridad en que a cada paso incurren sus colegas. Un sentimiento de belleza y un amor a la forma, que es caricia vivífica, le llevan a apurar las delicadezas táctiles que redimen al bloque de la natural rudeza inerte, espiritualizándolo y sublimándolo. En Juan Cristóbal hay lo que había en Julio Antonio: un virtuoso que se deleita con las superficies de calidad «etérea». Así su *Magdalena*, doncella grácil, casta e inmaculada flor de lirio, que evoca las lindas italianas del Renacimiento.

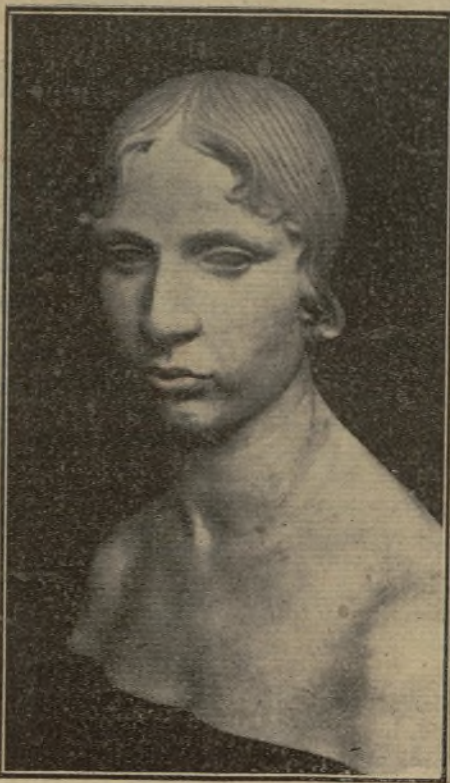
Pero el artista granadino, aunque mucha sea la simpatía que experimente por el arte italiano, a ratos, con insospecha-



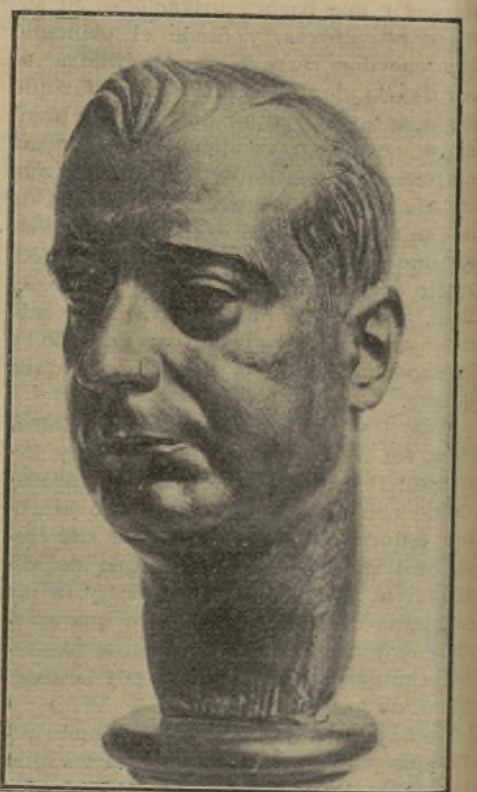
EL PINTOR TIMOTEO PÉREZ RUBIO



MAGDALENA



RAFAELA



EL ESCRITOR M. DE ALMACRO SAN MARTÍN

da energía, se acuerda de que es andaluz, y andaluz de Granada. La cara de *Rafaela*, de facciones sensuales, o el gesto de *Pilar Millán*, no nos inducen a error; en ambos reconocemos a la hembra paisana de Juan Cristóbal; en punto tal, las bocas que éste esculpe y las que pinta Gabriel Morcillo, resultan inconfundibles por su aire de raza.

Al comienzo de su carrera, Juan Cristóbal buscaba para modelos gitanas viejas o impúberes de la comarca, y al campesino o al serrano, curtidos por el sol, graves como romanos o nobles como árabes. Quizá la sugestión de los imagineros, al través del ropaje itálico, le encaminaba hacia el fondo étnico. En otra ocasión desarrollaremos lo que en dicho aspecto la limitación de espacio nos veda anotar aquí. Finalmente, en el retrato: los bustos del pintor Timoteo Pérez Rubio y del escritor Melchor de Almacro San Martín, nuestro ilustre compañero, ponen el nombre de Juan Cristóbal a enviable altura.

En el desnudo, Juan Cristóbal exalta la pasión palpitante de la mujer andaluza en una inmarcesible juventud.

Angel VEGUE Y GOLDONI

LAS GAFAS SABIAS

ÉRANSE unas gafas que no tenían nada de particular.

Cabalgaban sobre la nariz de un señor viejo, que tenía una barba blanca, muy larga y venerable, y una calva brillante y más venerable todavía.

Este señor era nada menos que profesor de latín en una escuela donde había muchos niños, todos buenos y aplicados, lo cual sucede con mucha más frecuencia, ya lo sabéis, en los cuentos que en la realidad.

Pues bien; figuráos que cada vez que el maestro tenía que leer en alguno de sus enormes libretos de latín o hacer una corrección en los cuadernos de sus discípulos, lo primero que hacía era colocarse las gafas.

Aquello era como para ponerse tontas; y las gafas se ponían tontas, en efecto; llegaron a tener una presunción desmesurada, que creo que en los niños y hasta en las personas mayores es cosa bastante corriente; pero que en unas gafas no me negaréis que resulta algo ridícula.

—No comprendemos—pensaban las gafas—con qué derecho el viejo loco, nuestro amo (solamente un par de gafas pretenciosas podían permitirse semejante irreverencia con todo un profesor de latín), se atreve a llevar un título y a cobrar un sueldo que nos corresponden en realidad, puesto que nosotras somos las que sabemos latín, y no él.

Un día, las gafas oyeron con sus propios oídos al profesor confesar que sin ellas era incapaz de leer ni escribir una sola línea.

—¡Y tanto!—recalaron mentalmente las gafas, poniéndose muy huecas.

Y como la envidia acompaña casi siempre a la vanidad, nuestras gafas empezaron a envidiar las gafas del profesor de matemáticas y a sentirse horriblemente descontentas de su suerte.

—¡Hay que ver qué diferencia!—refunfuñaban para sus adentros—. Ellas tienen un aro de oro fino, y su amo ha comprado para ellas un estuche de piel de Rusia, forrado de terciopelo azul. Nuestro aro es de acero, y dormimos en un estuche de cartón, forrado de papel. ¿Es esa una manera de tratar a gafas de tanta distinción y sabiduría? Este viejo no nos merece, verdaderamente.

Hasta que ocurrió una cosa que llevó a su colmo la exasperación de las gafas.

Con el pretexto de celebrar los veinticinco años que el viejo profesor llevaba en su escuela, sus alumnos fueron a visitarle con toda solemnidad, y le hicieron entrega de un pergamino precioso, escrito por el más hábil de todos en caligrafía. Las letras eran góticas, rojas y negras; las mayúsculas, doradas, y plateada la fecha.

El maestro se apresuró a ponerse las gafas para leer aquella maravilla; pero como la emoción le había humedecido los ojos, las empañó, y hubo de quitárselas y limpiarlas cuidadosamente con su pañuelo.

—¡Dios mío!—pensaban las gafas, muy nerviosas—. ¡Cuántos requilorios! ¿A quién se le ocurre llorar por tan poca cosa? ¿Acaso lloramos nosotras? Ya estamos impacientes por saber las lindezas que nos dedica ese pergamino, pues también nosotras llevamos veinticinco años enseñando latín.

Pero, ¡ay!, en el pergamino se hablaba mucho del profesor; se le llamaba «ilustre maestro», «latinista excelso», y

se le hacían protestas de admiración y cariño. En cuanto a las gafas, ni mentarlas.

—¡Qué injusticia!—pensaron, estupefactas e indignadas—. Para él todos los honores; para nosotras, el olvido. Pero esto no puede ser; es monstruoso, y nos vengaremos abandonando a estos pequeños ingratos y a este viejo tonto. Iremos

buscó sus gafas para leer EL IMPARCIAL, que le acababan de llevar. Pero las bribonas, acurrucadas entre las zarzas, se reían de él.

—¡Ya puedes buscar!—murmuraban—. No volveremos a «deer» una sola línea.

El pobre señor se marchó hacia su casa, desesperado y llamando a la criada a voz en grito:

pezaron a aburrirse; les entró sueño; se quedaron dormidas.

Las despertó una luz misteriosa; era Periquín que entraba, haciéndose la ilusión de ser un ladrón o un acomodador de «cine», porque llevaba una lamparita eléctrica de bolsillo que le habían regalado el día de su santo. Al ver las gafas dió un grito de alegría.

—¡Uy, qué bien!—exclamó—. ¡Ahora sí que voy a parecer un hombre! ¡Y más viejo todavía que mi papá!

Corrió al cuarto de estudio, abrió un libro y se caló las gafas; en seguida cerró los ojos y empezó a decir en voz alta:

*Nicifut y Zapirón
se comieron un capón
en un asador metido.*

Las gafas estaban locas de alegría.

—¡Qué talento tenemos!—pensaban—. Ahora no se podrá negar que quien lee somos nosotras, puesto que el niño tiene los ojos cerrados.

Periquín tornó a decir:

*Nicifut y Zapirón
se comieron un capón...*

Y luego, por tercera vez:

Nicifut y Zapirón...

Las gafas estaban asombradas.

—¿Por qué repetirá siempre lo mismo?

En esto entraron los hermanos mayores, y empezaron a burlarse del pequeño.

—¡Qué tonto eres, Periquín!—le decían—. No te sabes de memoria más que el principio de la fábula, y siempre lo estás repitiendo. ¡Qué tonto! ¡Qué tonto!

—¿De memoria?—se preguntaron las gafas, algo avergonzadas—. ¿Luego no éramos nosotras las que leíamos los versos?

Y si hubieran sabido toser, hubieran tosido para disimular su azoramiento.

Luisito se apoderó de las gafas. A pesar de las protestas de su hermanito, se las puso y abrió otro libro. Por la segunda vez las gafas quedaron estupefactas: de lo que allí decía no entendían ni jota.

—¡Bah!—pensaron para consolarse—. Deben de ser tonterías de niños, indignas de unas gafas tan sabias como nosotras.

Pero ya Juan exclamaba, con el tono de superioridad que le daban sus quince meses de ventaja sobre su hermano:

—¡También tienes tú ocurrencias raras, Luisito! No sé a qué coges el libro de Fraulein. ¿Acaso te crees que porque te pongas gafas vas a saber leer alemán de buenas a primeras?

Y las gafas pensaron:

—Por lo visto, nosotras no sabemos alemán tampoco, aunque creíamos saberlo todo. Nuestra ciencia se limita a los idiomas de los ilustres maestros calvos y barbudos.

Pero sentían no sé qué malestar extraño, cuando, atraído por las voces de los chiquillos, entró el papá.

—¿De dónde habéis sacado estas gafas?—preguntó, extrañado.

—Las he encontrado yo en el cuarto oscuro con mi linterna—declaró Periquín, irguiendo fieramente su cabecita ensortijada, que parecía un plato de cardillos.

—Voy a ver si me sirven—dijo papá; me alegraría, porque acabo de romper mis lentes.

Y abrió un tercer libro. Esta era un



por el mundo a probar nuestra sabiduría.

Y las gafas tenían sacudidas energicas sobre la nariz de su amo. De no haber sentido miedo a romperse, se hubieran arrojado al suelo de rabia.

Después del almuerzo, el profesor fué, según su costumbre, a echar una siesta en el jardín, y se quedó dormido con las gafas puestas, no con la intención de ver mejor lo que soñase, sino porque se le olvidó quitárselas, sencillamente.

Era una buena ocasión para escaparse, y las gafas no vacilaron. Aprovechando un gesto brusco del durmiente para ahuyentar una mosca que se había posado en la punta de su nariz, se deslizaron suavemente y fueron a engancharse entre las zarzas de un vallado.

Al poco rato, el profesor despertó y

—¡Celedonia! ¡Celedonia! ¿Qué has hecho con mis gafas?

—¿Yo?—protestó la otra—. ¡Pero si el señor se las llevó al jardín!

Y como la tal Celedonia tenía muy mal genio, las gafas se desbarataban de risa escuchando desde su escondite la discusión del amo y la criada, cuando oyeron acercarse voces infantiles.

Eran Juan, Luisito y Periquín, unos niños que veraneaban en la casa de al lado y habían salido a cazar mariposas.

Precisamente la red de gasa verde de Luisito arrastraba por el suelo; cuando pasó al lado de las gafas, éstas se dejaron caer dentro, sin que nadie lo notara. Al poco rato, los niños llegaron a su casa y arrojaron sus redes en un desván.

Entonces, las gafas salieron de la red; pero aquello estaba tan oscuro, que em-

tomo de latín, semejante a los del profesor; las gafas se estremecieron de satisfacción.

—¡Esta vez sí que vamos a demostrar nuestra sabiduría!—pensaron.

Pero ya el papá se las quitaba.

—¡No me valen para nada!—exclamaba—. No puedo leer una sola palabra.

¡Qué horror! ¡Qué humillación! Seguramente, si se hubieran fijado, hubieran visto enrojecer a las pobres gafas presunidas.

En el momento en que papá se disponía a arrojar, despectivamente, las gafas por la ventana, entró Pepito, un niño del pueblo, amigo de Juan, Luisito y Periquín.

—Yo conozco esas gafas—dijo—; son del maestro de latín de mi escuela.

—¿Quieres llevárselas?—preguntó papá.

—¡Va lo creo! Voy en seguida—dijo Pepito, que era tan bueno y complaciente como todos los demás alumnos de aquella escuela privilegiada.

No intentaré describir la alegría del viejo maestro al recuperar sus gafas perdidas; y en medio de la decepción que sufrían y de las heridas de su amor propio, aquellas gafas, vanidosas e ingratas, sintieron un dulce consuelo al verse tan queridas. Ya sabían ahora que no merecían tanta consideración, y que si los ojos del maestro podían poco sin ellas, ellas, ¡ay!, sin aquellos viejos ojos fatigados, no podían nada.

Desde aquel día, el maestro no volvió nunca a dormirse con las gafas puestas. Un día, estando ellas sobre la mesa del jardín, vieron en la yerba un espejo roto, que se lamentaba.

—¿Qué te ocurre?—le preguntaron; pues desde que habían perdido la vanidad y la envidia se habían vuelto mucho más compasivas.

—¡Soy muy desdichado!—gimoteó el espejo—. Yo era muy bello; tenía una cara linda y sonrosada, con cabellos de oro y ojos de cielo; siempre que mi ama me miraba, sonreía con satisfacción. Pero un día me rompí, me tiraron a la basura, y heme rodando de un lado para otro, entre gentes groseras, incapaces de apreciar mi belleza. ¡Qué injusticia!

—¡Habrás visto tonto!—pensaron las gafas—. Ha creído suya la cara de su ama. ¡Qué ridículo!

Y se disponían a expresar al espejo lo que pensaban de él, cuando, de pronto, yo no sé qué recuerdo cruzaría por su memoria; el hecho es que callaron prudentemente, y cuando el viejo maestro despertó y se las llevó a clase, las gafas lanzaron un suspiro de satisfacción (un suspiro silencioso, de gafas, claro está) al sentirse alejar del espejito fatuo y quejumbroso, del espejito que les recordaba ciertos humos pasados y ciertas aventuras que preferían olvidar.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Varios libros recientes

DEBO todavía algunos comentarios a libros recientes de la producción catalana.

Miguel de Palol, el exquisito poeta gerundense, acaba de publicar sus *Poemas de Tarda*. El núcleo literario de Gerona bien merece una mención especial dentro de la literatura catalana. Casi podría decirse que forma escuela. Y en cierto modo esa escuela se aproxima a las cualidades específicas de la llamada escuela mallorquina: nimiedad en el cuidado de la forma, pulcritud métrica, léxico noble, plasticidad a veces un poco marmórea. Los nombres más característicos en ese cenáculo son, además de Palol, José Thorrats, el poeta de *Orles*, autor de sonetos impecables, muy influido por la sugestión del D'Annunzio; Carlos Rahola, alma exquisita y recogida, de elegante melancolía, de quien acabo de recibir un libro sobre la dominación napoleónica en Gerona, interesantísima obra de investigación que reacciona contra la leyenda, y a la cual dedicaré en breve más detenido comentario, porque a ella deberán acudir, en adelante, los que quieran conocer de verdad ese período, voluntariamente oscurecido por los historiadores interesados en que se le olvidase. Otro de los artistas de ese grupo (y quiero citarlo como

homenaje cariñoso, ya que fué arrancado a sus amigos por una muerte prematura) es Javier Monsalvatge, hijo del benemérito historiador del condado de Besalú D. Francisco, vindicador de la figura de Verntallat, el Espartaco catalán del siglo XV.

Dejo aparte, en esta enumeración, un escritor vigoroso, que en cierto modo se aparta de las cualidades de esa pequeña escuela. Me refiero a Prudencio Bertrana, nativo temperamento de novelista, rudo y masculino cincelador, en quien sólo encarnaron las cualidades buenas de su raza, y que ha tenido la honra singular de padecer persecución por la justicia.

El libro de poemas de Palol no desmiente las notas capitales de su filiación. Su especialidad es lo que llamaríamos el *friso*, la estilización poética de los asuntos plásticos, según la norma parnasiana y sobre todo según el magisterio de Heredia. A este género pertenecen, singularmente, los sonetos *Els deus humils* (que recuerda *Il Bove* de Carducci); *A una tanagra*; *Tarda pagana*; *Les Oliveres*; *Trofeus* (cuyo nombre revela bien su estirpe).

José María de Sucre me envía su *Poema barbre de Serrallonga*, nuevo escolio al viejo tema romanesco que tra-

taron poetas tan diversos como Balaguer y Maragall. Son de notar en el poema de Sucre el desenfado de la forma y la rudeza léxica, bien acomodados al asunto.

En cuanto a prosa catalana, quiero señalar, por de pronto, las dos nuevas producciones de Alfonso Maseras, el poeta y novelista bien conocido. Uno de estos libros, *A la deriva*, es una novela que muestra bien patentes las cualidades literarias del autor, su trayectoria en una línea media entre la lírica y la novela. El otro volumen, *El libre de les hores cruentes*, nos cuenta impresiones vividas en Francia durante la guerra, con la profunda compenetración del alma francesa que caracteriza al autor de *Ildaribal*.

Recibo también de Maseras una conferencia sobre *El nacionalismo i l'internacionalisme de Dante*, con motivo de su centenario. Tema interesante y lleno de sugestión, que el autor trata con juicios que en general comparto.

Carlos Soldevila, el juvenil y delicado poeta, ha publicado una colección de cuentos, en estilo depurado y exquisitamente irónico. Otra colección, *Solada de contes*, es de E. Isern Dalmau, joven escritor en quien se manifiestan las cualidades de otro grupo característico en la literatura catalana, el ampurdanés, que ha procurado siempre infundir en el ruralismo algún sentido superior a la pintura de rasgos típicos. No olvidemos que Víctor Catalá es ampurdanés.

Ramón Surriñac Senties ha reunido en un pequeño volumen, *El tresor dels pobres*, algunas narraciones dirigidas al alma infantil, en un noble sentido edificante. Ha querido actuar a un tiempo sobre la infancia y la pobreza, en un doble apostolado de humanidad. Los que conozcan el temperamento del autor, de tanta bondad efusiva, y sepan que ese librito es el fruto de una convalecencia, verdadera reconciliación con la vida, comprenderán toda la subjetividad sentimental que de él desborda. Es una especie de ex-voto familiar. La mejor composición es la titulada *Conte de reis*, en la cual, para las almas a quienes va destinada, se llega seguramente al don de lágrimas.

Excepcional valor tiene, en cuanto al desarrollo progresivo de la prosa catalana, el tomo que ha publicado el escritor valenciano Ernesto Martínez Ferrando con el título de *Vida d'infant*, describiendo diversos estados anímicos de un niño contemplativo. Me gusta, principalmente, el continuo roce de alas de misterio que se cierne sobre esas narraciones, al propio tiempo que la dulce ironía con que se despliega la vida ante los ojos absortos y cándidos del pequeño. Martínez Ferrando realiza la perfecta integración de la literatura valenciana en el común tesoro léxico y literario catalán. La prosa valenciana, que no podía fácilmente refugiarse en las formas arcaicas de la poesía, y que no sabía desprenderse del contacto con la realidad y la práctica, fué hasta ahora casi siempre una forma dialectal, vernacular. En ese escritor se eleva a categoría patricia. No olvidemos que Ernesto Martínez Ferrando tiene ya precedentes familiares que

activaron, en la poesía, esa integración. Su hermano Daniel, el poeta jugoso y cálido de *La cansó de l'isolat* y de las *Visions de l'horta*, entre las cuales hay algún fragmento puramente horaciano, como *En la nit serena*, representa junto con Durán y Tortajada el máximo esfuerzo de elevación léxica valenciana en la poesía. Y quiero consignar aquí el volumen que acaba de producir, *A través de Galicia*, evocaciones de viajero que hacen contrastar dos almas bien diversas del paisaje español, la levantina y la céltica, con toda aquella viveza de líneas y colorido que es latido mismo del corazón valenciano.

Señalemos, en fin, la obra anónima *L'home del qual es parla*, curiosa adquisición de poeta a través de la cual se descubre, por el estilo inconfundible, al autor, José María López Picó.

Voy a terminar hoy con la nota debida a algunos poetas jóvenes de lengua castellana: el primero es el colombiano A. Ortiz Vargas, que ha reunido sus primeras poesías bajo el título de *Lejana*. Fulgura por momentos en esas composiciones alguna imagen que prueba una excelente naturaleza de poeta, provista de futuros dones. Las poesías de viajero, rápidas y fugaces visiones al azar de la ruta, son acaso las mejores del libro. No me gusta la titulada *Salve Germania!*, porque no refleja toda la verdad.

Las *Estancias de solitario*, de C. González Ruano, son centelleos de una inspiración a veces bien personal. Más que unas palabras de crítica, convendría reproducir algunas de esas sobrias sugestiónes: «El motor le dijo al arpa: ¡académica!» «No hay nada lejos, ni nada cerca. Hay únicamente brazos largos o brazos cortos». Otras son bellas flores del inagotable jardín de la paradoja. Entre las poesías, la mejor, sin duda, es la titulada *Otoño*, de estirpe verleniana.

Quede también consignado el tomo de cuentos del argentino E. de Salterain Herrera *Ansiedad*, y el de versos de Luis del Valle. Espero a nuevas obras de estos escritores para juzgarles con mayor plenitud.

Gabriel ALÓMAR

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.
Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimos libros, de insuperable éxito, de EL CABALLERO AUDAZ

LO QUE SÉ POR MÍ (10 volúmenes de entrevistas). Publicadas recientemente, en edición definitiva, de la 1.ª a la 6.ª. Seguirán todas.—Precio de cada volumen: 5 pesetas.

CON EL P.E. EN EL CORAZÓN (novelas).—5 pesetas.

HOMBRE DE AMOR (novela).—5 ptas.

UN HOMBRE EXTRAÑO (novela).—5 pesetas.

PEDIDOS DIRECTAMENTE AL APARTADO 502

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.

AGUAS DEL INICIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA

(Lugo)

SOCIEDAD HULLERA ESPAÑOLA

En 1893 se constituyó en Barcelona la Sociedad cuyo título encabeza esta información, dedicándose desde dicha fecha a la explotación de sus minas de carbón de Aller, situadas en el citado y pintoresco valle asturiano. El domicilio social lo tiene instalado en la Gran Vía Layetana, 5 y 7, de la ciudad condal.

El Consejo de Administración de la Sociedad lo forman: presidente, excelentísimo señor marqués de Comillas; vocal gerente, don Santiago López y Díaz de Quijano, marqués de Casa Quijano; vocales: don Clemente Miralles de Imperial.



Casa del Ingeniero Director

marqués de Lamadrid, marqués de Monteflorido, don Javier Gil Becerra y don José Estruch y Cumella, y el secretario, don Alfonso Ortiz de la Torre y Huédrob, siendo ingeniero director don Marcelino Rubiera.

La Sociedad Hullera Española ha extendido las concesiones del magnífico terreno carbonífero con tal amplitud, que de 5.000 hectáreas que constituían el primitivo coto de Aller, alcanza en la actualidad unas 12.000, que ocupan hasta los altos del Aller.



Vista del almacén y de los cargaderos de carbón

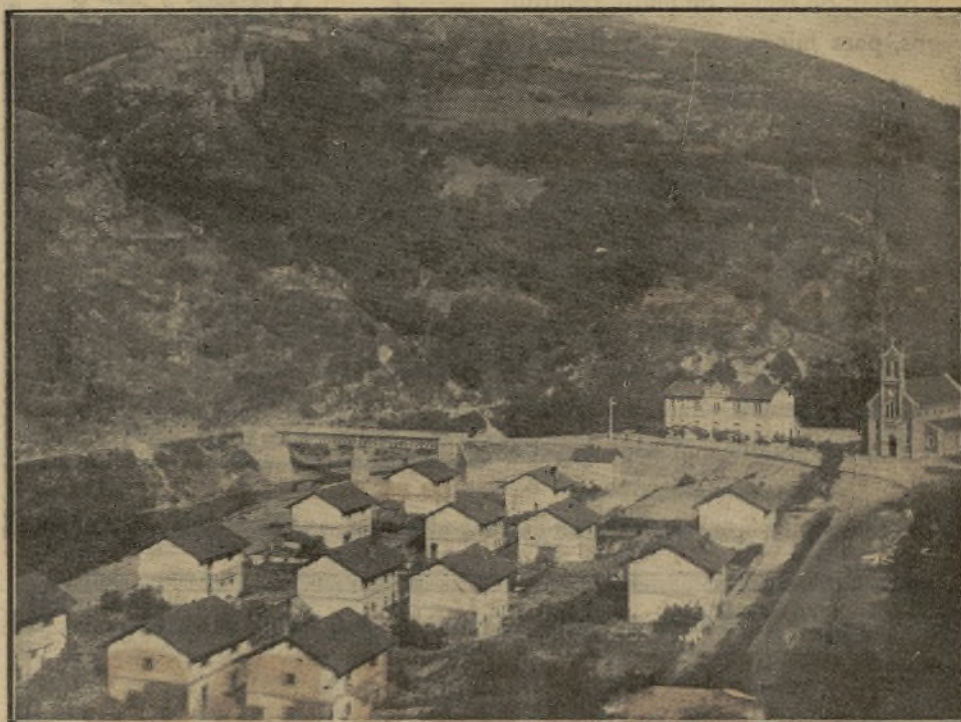
El ilustre marqués de Comillas fué el iniciador de esta gran empresa, que en pocos años alcanzó un desarrollo extraordinario, formando uno de los focos de mayor riqueza de nuestra patria, no sólo por el valor del negocio, sino por haber conseguido dotar a España de un elemento valiosísimo de propia energía para sus industrias, redimiéndola de ser tributaria del extranjero.

Esto se atestiguó plenamente en los tristes días de nuestras guerras coloniales, pues mientras nuestra escuadra se vió obligada a entrar forzosamente en Santiago de Cuba, por no disponer de combustible, los buques de la Compañía Transatlántica hacían sus viajes a Cuba y forzaban el bloqueo de la escuadra yanqui, como lo hizo el «Montserrat», en circunstancias tan brillantes.

La acción vigorosa de la Sociedad Hullera Española ha transformado en pocos años los risueños pero casi estériles terrenos donde están sus concesiones en lugares pobladísimos, centros de trabajo que forman una verdadera colmena. La primitiva explotación, de unos miles de toneladas de carbón, se han convertido en una explotación anual de más de 600.000 toneladas de combustibles arrancadas a las entrañas de nuestro suelo, y que van a fecundar la industria del país, a mover máquinas, a impulsar buques, ferrocarriles, a esparcir la riqueza y la vida por toda la nación.

La población obrera de Aller ha subido de unos centenares a más de cuatro mil obreros, que allí encuentran honrado trabajo y sustento para sus familias, que forman una población de más de diez mil almas.

La Sociedad Hullera Española, cuyo capital social es de diez millones de pesetas, lleva invertidos más de treinta, ganados con su propio esfuerzo, en las instalaciones importantísimas para la explotación de aquellas minas, en un ferrocarril minero de más de nueve kilómetros, planos inclinados, preparación



Poblado de Bustiello; al fondo el círculo obrero y la iglesia

mecánica para la clasificación y lavado de los combustibles, fábricas para aglomerar los carbones menudos, almacenes, cargaderos, talleres, etc.

Y una parte importantísima de dicho capital ha sido invertida en la construcción de escuelas, sanatorio, viviendas para los obreros, economatos, casas de empleados, Círculo obrero, iglesia de Bustiello, Academia de música, etc., como puede ver el lector por las fotografías que en esta plana insertamos, y que son prueba elocuente de cuanto decimos.

Se ha desvivido la Sociedad Hullera Española por el bienestar de sus trabajadores, que tienen fama de ser los mejor atendidos, no sólo de Asturias, sino de España entera. Las viviendas son confortables, sanas y dotadas de luz eléctrica, agua y todo detalle de higiene, y pagan los obreros un alquiler de ocho a diez pesetas mensuales. Los economatos surten de todos los artículos al obrero a precio de costo. El servicio médico y sanitario es inmejorable, a cargo de varios médicos competentes, y el Sanatorio quirúrgico está dotado de todos los modernos adelantos.

Hay institución de Caja de secorros para los casos de enfermedad, Caja de ahorro y otras instituciones sociales, y los obreros tienen un seguro para el caso de vejez y reciben pensiones en casos de jubilación por enfermedad. Conviene tener presente que los obreros de la Sociedad Hullera Española cobran un jornal más elevado que los demás mineros de Asturias.

Las escuelas para niños están a cargo de Hermanos de la Doctrina Cristiana, y las niñas a cargo de Religiosas Franciscanas, y se acaban de terminar unos nuevos y magníficos edificios escolares para albergar a toda la población escolar, que pasa de muchos centenares.

Los carbones de la Sociedad Hullera Española son especiales para vapor, y han sido declarados similares a los de

Cardiff por sus excelentes condiciones de limpieza y fuerza calorífica, habiendo sido premiados con medalla de oro en las Exposiciones de Madrid y Barcelona.

Consumen estos carbones los ferrocarriles del Norte, Madrid a Zaragoza y a Alicante, Madrid a Cáceres y Portugal, Económicos de Asturias, Bilbao a Santander, Cantábrico y la mayor parte de las demás Empresas de transporte de España.

Asimismo los consumen los vapores de la Compañía Transatlántica, Trasmediterránea y otras líneas de navegación. La Azucarera general de España, la Compañía



Vista de un grupo de escuelas

ñía de Industrias Agrícolas y las fábricas de Barcelona, Valencia y del Norte de España.

La Sociedad Hullera Española tiene agentes en todas las zonas industriales para entenderse directamente con los consumidores, sin que sus combustibles pasen nunca por manos de intermediarios.

Tiene la Sociedad Hullera Española trazado su plan para llevar en aumento creciente la explotación de sus minas y practicados sondeos importantes en sus concesiones, con los que ha descubierto en profundidad nuevas y poderosas capas de carbón excelente, que forman una reserva magnífica para el porvenir de esta industria y que pueden ofrecer a la patria un servicio inapreciable en el desarrollo de su vida industrial.

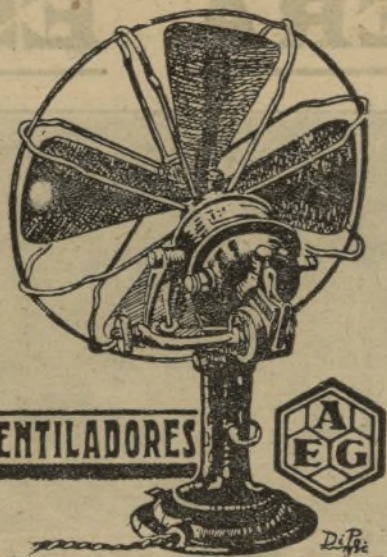
De sobremesa, con motor fijo y con motor movable; universales, para mesa y pared; de techo, de muro, centrifugos, para minas, para aire húmedo, era, etc.

Grandes existencias para entrega inmediata

PÍDANSE EN LA

Ibérica de Electricidad (S. A.)

Madrid.--Barcelona.--Bilbao.--Gijón.
Sevilla.--Valencia.--Zaragoza y en los principales establecimientos de venta de material eléctrico.



VENTILADORES

LOS MÁS PRÁCTICOS Y DE MAYOR DURACIÓN

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

PHILIPS

"ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

ALUMBRADO

MEJOR
REPARTIDO
MÁS
MODERNO

LUZ

MÁS
Suntuosa
MÁS
DECORATIVA



Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: San Agustín, 2.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leónis

Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz

Ofelia
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a
FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

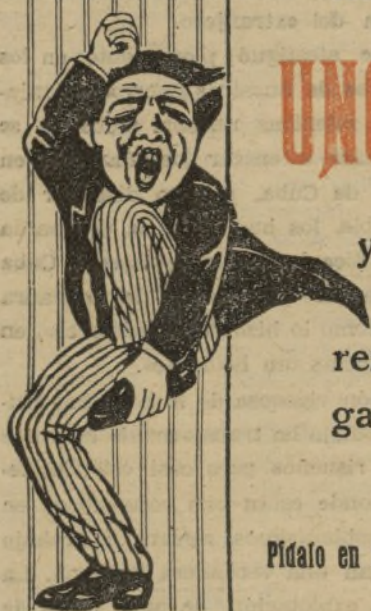
UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.-Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

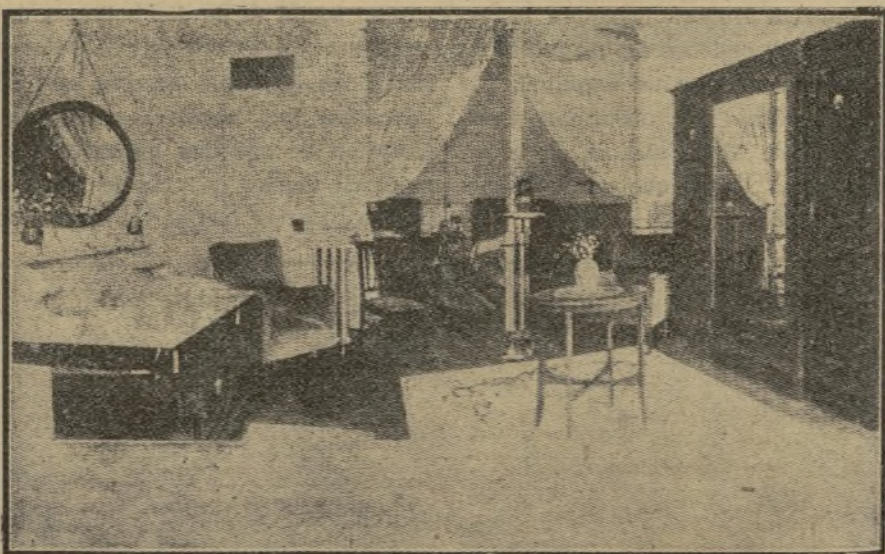
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asurias :- España.



Habitación del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.—Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =